

Doris Lessing

LAS CÁRCELES
E L E L E G Í A S



Se presentan aquí cinco conferencias dictadas en 1985, donde Lessing estructura una honda reflexión sobre las posibilidades de la racionalidad frente al totalitarismo: ¿por qué la humanidad parece ser incapaz de eludir la barbarie?, ¿por qué si ahora sabemos tanto sobre la conducta humana no podemos aprovechar lo que nos enseñan la historia y la sociología?, ¿por qué no somos capaces de ejercer el pensamiento independiente ante la presión de la colectividad? Con soltura, de una plática en otra, Lessing va abordando la mayoría de sus temas predilectos, todos ellos tan actuales hoy como lo fueron en el momento en que dictó esas conferencias.

Nuestra época será recordada por su mucha información y su poca capacidad para poner en práctica ese saber. Sin embargo, ante la crueldad, los dogmas, la mercadotecnia, las modas caprichosas de la opinión pública, las estrategias con las que el entorno ejerce su presión sobre la individualidad, Lessing contrapone una tenue pero segura confianza: ahora la humanidad es, al menos, capaz de observarse sí misma con objetividad, y en esa capacidad está cifrado su futuro. Este breve volumen de corte ensayístico es una afortunada síntesis de las preocupaciones de la novelista y un vivo ejemplo de su visionaria reflexión.

DORIS LESSING se reveló como una novelista de primer orden con la publicación de *Canta la hierba* en 1950. Desde entonces la escritora británica ha publicado más de 30 libros, entre ellos su serie de cinco novelas *Los hijos de la violencia* y *El cuaderno dorado*, su obra más emblemática. Siempre progresista, Lessing es una de las escritoras más visionarias y profundas de los tiempos modernos. Entre otros importantes reconocimientos, ha sido galardonada con el Premio Príncipe de Asturias de las Letras (2001) y el Nobel de Literatura (2007).

LAS CÁRCELES ELEGIDAS

Este libro se basa en las cinco Conferencias Massey del mismo título que fueron dictadas en 1985 y transmitidas en octubre de ese año como parte de la serie Ideas de Radio CBC de Canadá. El productor de la serie era Damiano Pietropaolo y su productor ejecutivo Bernie Lucht. Las Conferencias Massey se instauraron en honor del insigne Vincent Massey, ex gobernador general de Canadá, y fueron inauguradas por la CBC en 1961 para permitir a distinguidos especialistas difundir investigaciones originales acerca de temas de interés general.

A lo largo de estas cinco conferencias, Lessing estructura una honda reflexión sobre las posibilidades de la racionalidad frente al totalitarismo: ¿por qué la humanidad parece ser incapaz de eludir la barbarie?, ¿por qué si ahora sabemos tanto sobre la conducta humana no podemos aprovechar lo que nos enseñan la historia y la sociología?, ¿por qué no somos capaces de ejercer el pensamiento independiente ante la presión de la colectividad? Con soltura, de una plática en otra, Lessing va abordando la mayoría de sus temas predilectos, todos ellos tan actuales hoy como lo fueron en el momento en que dictó estas conferencias.

Nuestra edad será recordada por su mucha información y su poca capacidad para poner en práctica ese saber; nuestra mano derecha no quiere saber lo que hace nuestra mano izquierda. Sin embargo, ante la crueldad, la ineludi-

ble ceguera de la mentalidad grupal, los dogmas, la mercadotecnia, las modas caprichosas e incomprensibles de la opinión pública, ante las innumerables estrategias con las que el entorno ejerce su presión sobre la individualidad, Lessing contrapone una tenue pero segura confianza: ahora la humanidad es, al menos, capaz de observarse a sí misma con objetividad y en esa capacidad está cifrado su futuro. Este breve volumen de corte ensayístico es una afortunada síntesis de las preocupaciones de la novelista y un vivo ejemplo de su visionaria reflexión.

LA AUTORA

Con la publicación de *The Grass is Singing* [*Canta la hierba*] en 1930, Doris Lessing se reveló como una novelista de primer orden. Desde entonces ha publicado más de 30 libros, incluyendo su serie de cinco novelas *Children of Violence* [*Los hijos de la violencia: Martha Quest, Un casamiento convencional, Al final de la tormenta, Cerco de tierra y La ciudad de las cuatro puertas*]. Además ha publicado una docena de cuentos sobre África, continente donde creció. El aislamiento de la granja de sus padres, en la antigua Rhodesia del Sur, resultó sofocante para la joven Lessing, quien aprendió a utilizar su imaginación para crear sus propios mundos.

Abandonó la escuela a los 14 años y continuó su educación por cuenta propia, leyendo sin cesar, especialmente literatura norteamericana e inglesa. A los 18 años Doris Lessing se trasladó a Salisbury, donde entabló relaciones que la condujeron a su breve asociación con el Partido Comunista. En 1949, con poco más de 20 años, llevó a Inglaterra a Peter, hijo de su segundo matrimonio; la vida en un barrio lúgubre pero pintoresco de clase obrera en Londres inspiró acaso su irónica *In Pursuit of the English* [*En busca de un inglés*].

Los prejuicios raciales y la opresión sociopolítica, fenómenos de los que ha sido aguda observadora, han determinado en gran parte la temática de todas las obras de Lessing. Como escritora refleja la condición humana no tanto en términos personales, sino en el contexto social del conjunto, y sus cuentos se distinguen por una marcada preocupación por lo que ella misma llama «la conciencia individual en su relación con lo colectivo». Sus experimentaciones lite-

rarias la han llevado del realismo social a los ámbitos un tanto más fantásticos del espacio exterior y del espacio interno de la mente. Siempre progresista, Lessing es una de las escritoras más visionarias y profundas de los tiempos modernos.

En 2007 la Academia Sueca otorgó el Premio Nobel de Literatura a Doris Lessing, reconociéndola como «la voz épica de la experiencia femenina que con escepticismo, fuego y poder visionario ha sometido a escrutinio a toda una civilización escindida».

Cuando en el futuro se acuerden de nosotros

HUBO UNA VEZ UN GRANJERO SUMAMENTE RESPETADO y próspero que poseía uno de los mejores rebaños lecheros del país. Los granjeros de toda la mitad meridional del continente acudían a él en busca de consejo. Esto era en la antigua Rodesia del Sur, hoy Zimbabwe, donde yo crecí; acababa de pasar la segunda Guerra Mundial.

Yo lo conocía y también conocía a su familia; el granjero, que era de origen escocés, un día decidió importar de su patria un toro muy especial. Esto fue poco antes de que la ciencia descubriera cómo empaquetar embriones de becerros y enviarlos por correo aéreo de un continente a otro.

Después de cierto tiempo el animal llegó, en avión naturalmente, y fue recibido por un comité de bienvenida formado por granjeros, expertos agrónomos y amigos de su dueño. Había costado 10 000 libras; no sé cuánto sería eso hoy, mas para el granjero era una gran inversión. Le construyeron un hogar especial: era un animal enorme, impresionante, pero era manso como un cordero, según se decía, y parecía gustarle que le rascaran, a prudente distancia tras los barrotes de su corral, el cogote con una vara. Tenía su propio pastor, un muchacho negro de unos 12 años. Hasta este momento todo iba bien: era claro que el semental pronto sería padre de un número suficiente de terneras y becerros, y ya se había convertido en una atracción para

visitantes que, los domingos por la tarde, iban en automóvil hasta el corral y hacían comentarios acerca de aquel fabuloso animal de apariencia tan imponente pero tan dócil. Luego, súbita e inexplicablemente, el animal mató a su cuidador, el muchacho negro.

Se celebró lo que podríamos llamar un tribunal de justicia. Los parientes del muchacho exigieron y obtuvieron una compensación pero las cosas no acabaron ahí: el granjero decidió que había que matar al animal. Cuando se supo esto, muchos acudieron a él, rogándole que perdonara la vida del magnífico ejemplar. Después de todo, está en la naturaleza de los toros enfurecer súbitamente; todos lo saben. Al muchacho se le había advertido de eso y, sin duda, se descuidó; obviamente aquello no volvería a ocurrir nunca... Y ¿por qué desperdiciar toda esa potencia, esa fuerza, para no hablar del dinero...?

—El toro ha matado, el toro es un asesino y hay que castigarlo. Ojo por ojo y diente por diente —dijo el granjero, inexorable, y el toro fue debidamente ejecutado por un pelotón de fusilamiento y enterrado.

Ahora bien, como he dicho, este granjero no era un ignorante ni un pueblerino. Más aún, como todos los suyos (la minoría blanca gobernante) se quejaba mucho de los negros que vivían a su alrededor, diciendo que era gente primitiva, atrasada, pagana, etcétera.

Pero su acto —el acto de condenar a muerte a un animal por haber hecho un mal— se remonta al pasado más remoto de la humanidad, es algo tan antiguo que no sabemos dónde empezó; seguramente ya ocurría desde aquellos tiempos en que el hombre no sabía diferenciar bien a bien a los seres humanos de las bestias.

En cuanto a nuestro granjero, toda sugerencia que le hicieran sus amigos y otros granjeros, sin importar cuánto tacto pusieran al decírsela, era siempre rechazada con las palabras: «Muchas gracias pero yo sé diferenciar el bien del mal».

Puedo hablar de otro incidente: en cierta ocasión un árbol fue sentenciado a muerte. Esto ocurrió a fines de la última guerra; el árbol evocaba al general Petain, considerado durante un tiempo como el salvador de Francia y luego como un traidor a la patria. Cuando Petain cayó en desgracia el árbol fue solemnemente sentenciado y ejecutado por colaborar con el enemigo.

A menudo recuerdo estos incidentes: representan acontecimientos que parecen adquirir mayor significado con el paso del tiempo. Siempre que las cosas parecen ir bien —y estoy hablando de los asuntos humanos en general—, de pronto resurge un terrible primitivismo y la gente cae en conductas bárbaras.

Esto es lo que deseo discutir en estas cinco conferencias: la frecuencia con la que nos dejamos dominar por nuestro pasado salvaje, lo mismo como individuos que como grupo. Aunque a veces parece que estamos inermes, en realidad estamos recabando, y muy rápidamente (demasiado rápidamente para asimilarlo), conocimientos acerca de nosotros mismos, no sólo como individuos sino como grupo, como naciones y como miembros de la sociedad.

Vivimos tiempos en que resulta aterrador estar vivo: hoy es difícil pensar en los seres humanos como seres racionales, dondequiera que dirigimos la mirada vemos brutalidad y estupidez. Parecería incluso que no hay otra cosa que ver; en todas partes prevalece un descenso hacia la barbarie que somos incapaces de evitar. Pero en mi opinión, aun siendo verdad que existe un deterioro general de nuestro comportamiento, precisamente porque las circunstancias son aterradoras nos quedamos hipnotizados y no notamos —o si lo hacemos le restamos importancia— la existencia de fuerzas igualmente poderosas y que son de naturaleza contraria: las fuerzas de la razón, de la cordura y de la civilización.

Sé que mientras digo estas palabras habrá quienes estén murmurando: «Pero ¿dónde están esas fuerzas? Esta

mujer debe de estar loca para ver algo bueno en el caos que vivimos».

Creo que la cordura debe buscarse precisamente en la capacidad que tenemos para juzgar nuestra propia conducta, en el proceso de reflexión que ejercemos cuando pensamos en el granjero que ejecutó a un animal para hacerle expiar un crimen, o en las personas que sentenciaron a muerte a un árbol y lo ejecutaron. Contra tales instintos primitivos, enormemente poderosos, tenemos esto: la capacidad de observarnos a nosotros mismos desde otros puntos de vista. Algunos de esos puntos de vista son muy antiguos: mucho más antiguos, tal vez, de lo que suponemos.

No hay nada nuevo en la exigencia de que la razón gobierne los asuntos humanos. Por ejemplo, en el curso de un estudio que hice hace algunos años, tropecé con un libro indio de unos 2000 años de antigüedad, un manual para el gobierno juicioso de un Estado. Sus descripciones son tan precisas y ecuánimes, tan sensatas y racionales como las que pudiéramos dar hoy y su texto no es menos exigente en el terreno de la justicia (incluso en nuestros términos modernos de justicia). Pero la razón por la que menciono este libro —que se llama *Arthásàstra* y fue escrito por un tal Kautilya, y por desgracia es difícil de encontrar en bibliotecas no especializadas—, la razón por la que lo menciono, decía, es que el libro, que parece tan inimaginablemente viejo, se refiere a sí mismo como el último de una larga serie de libros similares.

Podría decirse que ésta es más una razón para el pesimismo que para el optimismo; que, después de tantos miles de años de saber perfectamente bien cómo debe administrarse un país, es terrible que estemos tan lejos de lograrlo, pero —y ésta es toda mi idea y el punto principal de lo que quiero decir— lo que ahora sabemos acerca de nosotros mismos es mucho más complejo y toca mucho más hondo de lo que entonces se sabía, de lo que se ha sabido durante estos largos miles de años.

Si tan sólo pudiéramos en práctica todo lo que sabemos... pero ése es precisamente el problema. Supongo que cuando la gente recuerde nuestra época se asombrará de una cosa: se asombrará de que hoy conozcamos más acerca de nosotros mismos que la gente del pasado y que, sin embargo, pongamos en práctica muy poco de ese conocimiento. Ha habido un gran desarrollo de la información acerca de nosotros mismos; tal información es el resultado de la capacidad, incipiente aún, de la humanidad para contemplarse de manera objetiva. Esta información trata de nuestros patrones de comportamiento; las disciplinas que se ocupan de esto a veces son llamadas ciencias de la conducta y versan sobre cómo actuamos individualmente y en grupo; no tratan acerca de cómo nos gusta pensar que actuamos y funcionamos (lo cual a menudo es muy halagüeño), sino acerca de cómo se puede observar que estamos realmente comportándonos, con una observación tan desapasionada como cuando observamos la conducta de otras especies. Estas ciencias sociales o conductuales son, precisamente, el resultado de nuestra capacidad de ser objetivos y de no halagarnos gratuitamente. Hay una gran masa de información nueva que proviene de las universidades, de los centros de investigación o de los agudos y talentosos observadores que se ocupan de estos fenómenos y sin embargo nuestras maneras de gobernarnos esencialmente no han cambiado.

Nuestra mano izquierda no sabe —no quiere saber— lo que hace nuestra mano derecha.

Esto, creo yo, es lo más extraordinario que puede verse en nosotros hoy, como especie. La gente del porvenir seguramente se maravillará de ello, como nosotros nos maravillamos ante la ceguera e inflexibilidad de nuestros antepasados.

Yo paso bastante tiempo pensando en lo que opinarán de nosotros quienes vengan después; no es un interés ocioso sino un intento deliberado por ejercitar la capacidad

de ese «otro ojo» con el que podemos juzgarnos a nosotros mismos. Todo el que lea un poco de historia sabe que las convicciones apasionadas y poderosas de un siglo suelen parecer extraordinariamente absurdas al siglo siguiente; no hay época histórica que nos parezca igual a como debió parecerle a quienes vivieron en ella. Lo que vivimos, en cualquier época, es el efecto que sobre nosotros ejercen las emociones de las masas y las condiciones sociales, de las que es casi imposible separarse. A menudo las emociones de la masa parecen las más nobles, mejores y más bellas. Sin embargo, en un año, en cinco años, en una década, en cinco décadas, la gente se preguntará: «¿Cómo pudieron creer eso?», porque habrán ocurrido acontecimientos que arrojarán dichas emociones de las masas al basureiro de la historia (para acuñar una frase).

Las personas de mi edad han presenciado seguramente varias de estas bruscas inversiones. Mencionaré sólo una: durante la segunda Guerra Mundial, cuando la Unión Soviética fue invadida por Hitler y se convirtió en aliada de las democracias, la opinión popular empezó a considerar a ese país con cariño; Stalin era el Tío Pepe, el amigo del hombre de la calle, Rusia era la tierra de los valientes, de los hombres enamorados de la libertad y el comunismo era una interesante manifestación de la voluntad popular... que debíamos imitar. Todo esto duró cuatro años y luego, de pronto, casi de la noche a la mañana, se invirtió. Todas esas actitudes resultaban ahora erróneas y traicioneras, se habían convertido en una amenaza para todos; las personas que habían estado conversando sobre el Tío Pepe de pronto, como si nada hubiera ocurrido, empezaron a repetir los lemas de la Guerra Fría. Un extremo, sentimental y tonto, engendrado por las necesidades de la guerra, fue remplazado por otro extremo, también irracional y tonto. Basta haber presenciado una vez semejante inversión para adquirir un ojo crítico ante las actitudes populares de un determinado momento.

Creo que los escritores, por su naturaleza, logran más fácilmente este desapego de las emociones de las masas y las condiciones sociales; los que continuamente están examinando y observando pueden criticar mejor lo que examinan y observan. Considérense todas esas utopías descritas a lo largo de los siglos: la *Utopía* de Moro, la *Ciudad del Sol* de Campanella, las *News from Nowhere* de Morris, *Erehwon* de Butler (que, leído al revés, es *nowhere* [en ninguna parte]), así como todos los muchos y diferentes esquemas de posibles futuros, engendrados por los actuales escritores de ciencia ficción que, en realidad, son herederos de la misma tradición. Desde luego todas son utopías críticas de sus sociedades, entonces actuales, pues no es posible escribir una utopía en el vacío.

Los novelistas desempeñan muchas tareas útiles para sus conciudadanos pero una de las más valiosas es ésta: capacitarnos para vernos a nosotros mismos como otros nos ven. En las sociedades totalitarias se desconfía de los escritores precisamente por esta razón. Así, en ninguno de los países comunistas se les permite ejercer esa función, la de criticar.

Yo veo a los escritores de cada país como una unidad, casi como un organismo que fue creado por su sociedad como medio de examinarse a sí misma. Este «organismo» está en constante cambio y, por tal, es diferente en cada época. Su evolución más reciente, como decía, ha sido la proclividad para producir novelas y cuentos basados en los descubrimientos de la ciencia o en los temas relacionados con el espacio exterior (como era natural por lo demás, puesto que la humanidad está estudiando ahora el espacio exterior y sólo recientemente —hablando en términos históricos— adoptó la ciencia como una aptitud deseable). Debemos esperar que este organismo se desarrolle y cambie como lo hace la misma sociedad, pero no está consciente de sí en tanto que organismo, en tanto que conjunto, aunque creo que pronto lo estará.

El mundo está volviéndose uno solo y esto nos permite a todos ver nuestras sociedades como diferentes aspectos de un todo; las partes de cada una de esas sociedades, a su vez, son compartidas por todas ellas. Si ustedes ven a los escritores de este modo, como un estrato, como una capa, como una corriente en cada país, todos ellos muy variados pero, en conjunto, integrantes de un todo, verán que esto anula las diferencias, diluye la frenética competencia que entre ellos continuamente engendran los premios literarios y otras condecoraciones similares. Es mi creencia que en todas partes los escritores son manifestaciones unos de otros, aspectos de una función que ha sido creada por la sociedad.

Los escritores, los libros, las novelas *se usan* de este modo, *se emplean* de acuerdo con esa función, aunque las actitudes conscientes hacia los escritores y la literatura no lo reflejen, aún no.

Según un amigo antropólogo, las novelas deberían ubicarse en el mismo estante que los libros de antropología; los escritores ofrecemos comentarios acerca de la condición humana y continuamente la analizamos y la discutimos: ése es nuestro tema. La literatura es uno de los medios más útiles que tenemos para lograr ese «otro ojo», esa manera objetiva de vernos a nosotros mismos; la historia, por cierto, es otro medio. Sin embargo, los jóvenes no ven así ni la literatura ni la historia (lejos de ello); aún no las conciben como útiles indispensables para la vida... pero a ello volveré más adelante.

Por lo pronto volvamos a nuestro granjero y su toro; podría argüirse que el súbito recurso del granjero al primitivismo no afectó a nadie más que a él y a su familia y que fue un incidente pequeñísimo en el amplio escenario de los asuntos humanos, pero exactamente lo mismo puede apreciarse en los grandes hechos que afectan a centenares o hasta millones de personas; por ejemplo, cuando aficionados británicos e italianos al fútbol se enfrentaron reciente-

mente en Bruselas, se volvieron como animales (los testigos y los comentaristas no dejaron de insistir en ello); los vándalos ingleses incluso orinaron sobre los cadáveres de sus víctimas italianas. Aquí no me parece muy útil emplear el término *animal*; tal vez éste sea un comportamiento animal, no lo sé, pero ciertamente es un comportamiento humano que surge cada vez que las personas descienden a la barbarie; así ha ocurrido durante miles, probablemente millones, de años (dependiendo de qué fecha consideremos como el inicio de nuestra historia como seres humanos, diferentes de los animales).

En tiempos de guerra —como lo sabe todo el que haya pasado por una o quien haya platicado con soldados que narren hechos verídicos y no recurran a los acostumbrados sentimentalismos con que nos protegemos de los horrores de los que somos capaces—, en tiempos de guerra, decía, volvemos, como especie, al pasado y nos damos licencia para ser brutales y crueles. Por esta razón —y desde luego por otras— a muchos les gusta la guerra y éste es uno de los hechos de la guerra que no suelen comentarse.

Creo que es una forma de sentimentalismo hablar de la guerra, o de la paz, sin reconocer que a muchísima gente le gusta la guerra: no sólo el concepto de ella, sino la lucha misma. A mí me ha tocado oír a muchas personas hablar de la guerra, de la prevención de la guerra, de lo terrible de la guerra, sin siquiera mencionar una vez que para un gran número de personas la idea de la guerra es emocionante y que, al término de una, llegan a decir que aquélla fue la mejor época de su vida. Esto puede ser cierto incluso de personas cuya experiencia en la guerra ha sido terrible y cuya vida ha quedado arruinada después de la lucha armada.

Los que han pasado por una guerra saben que cuando ésta se aproxima empieza a sentirse un júbilo secreto, al principio no reconocido, como si se tratase de un tambor casi inaudible que redobla continuamente; en el aire flota